Había una vez una hermosa cabaña de madera decorada con vistosos tapices de escenas heroicas, donde vivía Arlo, un pequeño mintab de apacibles ojos verdes. Sus padres lo habían criado bajo estrictas normas y valores. Los mintabs eran gentiles seres de baja estatura, muy parecidos a los humanos, sin embargo, se caracterizaban por tener una hermosa piel de un matiz bígaro con discretas pecas de un tinte menta pálido, al igual que sedosos cabellos de diversas tonalidades color ciruela. Ellos vivían en armonía con la naturaleza, tomando lo que necesitaban para su vida cotidiana y devolviendo cuidados a la tierra que los proveía.

No obstante, los nacimientos no se realizaban de una manera convencional, por el contrario, se producían a través de los frutos ciclaminos del gran árbol otod cada siete años. Las parejas de mintabs que anhelaban ser padres debían primero consultar a la anciana Sophia, la chamana de la aldea, quien

así como frondosas aletas pectorales. Estos, además de sus vívidas rayas de siete colores, tenían la peculiaridad de poder abandonar el estanque, con el fin de volar hasta las amarillas moras silvestres, cuyo colorido contrastaba con las moradas hojas de sus medianos arbustos, para deleitarse con su azucarado sabor. Durante las festividades se utilizaban tanto cadenas de flores como enredaderas para decorar el kiosco, pues desde allí, aquellos dedicados a la música animaban a todos los pobladores con melodías que los invitaban a danzar hasta ya entrada la noche.

La vida transcurría de manera simple y natural para la mayoría de los mintabs, excepto para Arlo, que constantemente se sentía bajo mucha presión por la estricta disciplina de su padre, el señor Kingsley, quien deseaba ver a su hijo convertido en el futuro alcalde, tal como su compañero Gerbert lo habría intentado, sin éxito, años atrás. Arlo disfrutaba observar los sutiles cambios que se producían a lo largo de las siete estaciones que, año

como hortalizas. Era un trabajo arduo, empero los mintabs lo ejecutaban con esmero en agradecimiento a los regalos que recibían de la naturaleza.

En el verano naciente se realizaba la cosecha, por lo que en cada una de las cabañas se podía percibir el aroma de las conservas de frutas, endulzadas con el néctar de las acelianas así como con hierbas aromáticas, que se cocían a fuego lento. Todos debían seguir la receta tradicional que había sido heredada generación tras generación. Concluido el proceso se enfrascaban aún calientes para generar un vacío natural que contribuía con la preservación del alimento. Los frascos eran almacenados en los sótanos oscuros y fríos de las casas para ser consumidos durante el año. Asimismo, en los alrededores del lago Holena, se efectuaba la recolección de la valiosísima lana que las ranitas cantarinas mudaban con el fin de deshacerse de su grueso abrigo de invierno, obteniendo un pelaje más fino y apropiado para el calor.

La llegada del verano tardío o periodo de descanso era el más anhelado por los impacientes jóvenes que ansiaban darse un chapuzón en el lago caliente las cabañas. Este sistema subterráneo había sido construido mucho tiempo atrás, siguiendo los lineamientos de los siete beneméritos antepasados y respetando al ecosistema, de tal manera que con poca cantidad de leña se abastecía a todos los hogares.

Con el invierno tardío llegaban las nevadas y todo se cubría de pálidos matices de color magenta que resplandecían durante el cenit. Esta era la estación favorita de los que esperaban pacientemente a que la nieve tuviera el espesor necesario, para deslizarse sobre curiosos trineos de madera desde las partes más altas de los cerros circundantes. Los menos osados se entretenían lanzándose bolas heladas o construyendo castillos de hielo, pues la nieve de aquella región era realmente densa.

Las cabañas eran edificadas por Zyar, el maestro carpintero, junto con su equipo de constructores, utilizando la ancestral técnica heredada por sus antepasados. Para fortalecer los cimientos y erigir las chimeneas, se empleaban rosadas piedras de resistente cristal, que abundaban en las partes bajas del lecho del río Seajulapa, las cuales eran cinceladas a mano para luego ser fijadas por medio de una mezcla de arcilla azul que les daba una apariencia de bellos mosaicos. Las paredes, hastiales, puertas y ventanas, talladas con elementos decorativos que copiaban del entorno, se fabricaban con los tradicionales tablones de brillante madera anaranjada de los árboles vilelk, lo que les daba frescura en verano y calidez durante el invierno. La luz del sol se colaba al interior de las viviendas a través de los multicolores vitrales esmaltados de las ventanas circulares, embelleciendo con curiosos diseños luminosos los acogedores muebles. El estilo mintab estaba en sintonía con la naturaleza, de

—¡*Mmm*, pero mi corazón dice que no quier…

Sin dejarlo concluir, su padre carraspeó impidiendo que Arlo terminara la frase e inmediatamente prosiguió:

—El aprendizaje permite una constante evolución de tus habilidades y fomenta el respeto tanto a la naturaleza como a los demás habitantes de la aldea, ¿*cierto*? Todos somos fundamentales para que se mantenga el delicado equilibrio que permite el desarrollo de la vida, ¡lo sabes muy bien, Ar! Además, el corazón no se comunica con palabras como lo hacemos ahora tú y yo.

Valiéndose de una pícara astucia, Arlo interpeló sagazmente:

—Entonces, ¿cómo se le escucha?

—A través de las emociones y los sentimientos, ¡ya hemos hablado de ello en varias ocasiones!

—Por cierto, ¿qué es la vida pa Kingsley?

—¡*Emm*!… La vida… pues… ¡La vida es la vida!, todo evoluciona gracias

caminar en dirección a la sala, Arlo lo cuestionó de nuevo con perspicacia:

—A todo esto, ¿quién estableció esos principios, pa?

El señor Kingsley, que solía vestir chalecos bordados con hilos de flores hennepan en tonos verde jade y cerúleo, así como corbatas de diferentes colores, le respondió con un aparente orgullo:

—¡Los siete beneméritos antepasados mintabs hace más de setecientos años! Tan solo mira los tapices sobre la pared, ¿qué opinas sobre los hechos históricos que representan?

—¿Por qué seguimos con las mismas ideas de hace setecientos años? ¿*Hum*, alguna vez se ha intentado modernizar nuestro sistema?

Tratando de hacer evidente un simulado fastidio, su padre refunfuñó enseguida:

—Si no conocemos con detalle lo viejo, ¿cómo podremos abrirle paso a lo nuevo? ¡Basta de preguntas, hijo!, hoy vamos a hablar de…

—*Mmm*, ¿por qué no puedo preguntar?, ¡todos los mintabs tenemos la

En un claro del bosque de los abedules danzantes, esos imponentes árboles de hojas violáceas, así como esbeltas ramas de color cian que se deleitaban danzando al compás del canto de las tranquilas aguas del río Seajulapa, se hallaban Arlo y sus amigos. La mañana estaba despejada por lo que algunas catarinas lorethianas revoloteaban entre las flores atraídas por el perfume de las margarelas.

—¿Por qué no llegaste?, ¡te estuvimos esperando toda la tarde! ¡*Mmm*, no me digas!, tus estudios con el señor Kingsley. ¿*Cierto*, Ar?

Preguntó Didi, una simpática mintab de hermosos ojos turquesas así como dos pequeñas coletas a cada lado de su cabeza, que al igual que Arlo y Blaine naciera durante la misma temporada frutal del árbol otod. Arlo, con la mirada al suelo, se resistía a contestar.

—Sabemos que amas a tus padres amigo, mas… ¿No crees que deberías

con desgana:

—¡*Mmm*!, No olviden que además debemos honrar a nuestros padres… ¡O más bien mamás, *ja, ja, ja*!, ya saben que yo vivo con mami Freya y ma Bryony.

—¡A mí me pasa lo mismo, chicos!, mi papá sueña con verme convertida en sanadora y ahora hasta mi mamá lo apoya, ¿pueden creerlo? ¿Quién quiere ser una curandera si mi pasión es bailar? ¡*Yeah*!

—¡Pero eso, según los adultos es solo un entretenimiento, Didi!, ¿o no?

—¡El entretenimiento me hace sentir un enorme júbilo!, e incluso más que eso, Blaine, es como un peculiar gozo mezclado con una imperturbable calma. ¿Acaso se te olvida que, gracias a esa emoción, que yo le inspiré a través del baile, Arlo logró mejorar su habilidad?, ¡*eh*!

No lejos de allí, un grupo de cadenciosos abedules bailaban animadamente meciendo sus ramas, en tanto que Arlo, sintiéndose un poco ofendido con aquel comentario, aclaró enfáticamente:

de superar alucinantes desafíos, para descifrar un enigma que se oculta en lo profundo de su corazón, con el que podrá realizar impresionantes hazañas en compañía de sus inseparables amigos, Didi y Blaine.
¿Quieres desvelar el misterio?
¡Acompáñalo a vivir sorprendentes aventuras en un mundo de koalas voladores, gatos emplumados e infinitas posibilidades!

VALORES IMPLÍCITOS:

Arlo, el pequeño Mintab refleja un crecimiento interior a través de un fantástico universo ilimitado, por el que se recorre el sendero del autoconocimiento. Es la historia que deseo leer a mis hijos antes de dormir, entusiasmándolos a usar la imaginación para que, de una manera simple y natural, asimilen e incorporen los valores universales e intrínsecos, tales como: el respeto, la autoconfianza, la amistad, el perdón, así como el desarrollo de los talentos